

TREGUA DE BIENVENIDA



Al margen de la protocolar inauguración y del agitado desarrollo de UNCTAD III, habrá para sus tres mil participantes un paréntesis de arte insospechado. Para ellos primero, y después para todos los chilenos, se abrirá una exposición pictórica dando a conocer lo que sienten y piensan con sus pinceles, artistas de todas las latitudes. Ante la muestra venida, de países lejanos y próximos, tirios y troyanos dejarán de lado las lanzas de la guerra fría y la candente para compararse y admirarse.

CON AFANES DE MAGO MARAVILLADO, el Museo de Bellas Artes se prepara para este evento inmediato y otro mediano.

Allí se efectuará el primer encuentro humano de los 141 grupos del mundo con el Chile cultural. Después de la protocolar reunión de la Asamblea inaugurada el Presidente de la República recibirá a los visitantes con el gesto del gran dueño de casa, en un soberbio marco de mármol y hierro forjado.

La segunda tarea abrumante, del museo para la cual tiene que estar preparado no sólo para ese día, sino para siempre, si es posible, es para recibir a unos huéspedes que hablan el idioma universal del arte. Son los envíos de cada país, en su acerbo de plástica y color.

El sacar al Museo de su "pátina" del tiempo ido, ha significado darle la dignidad que tuvo desde su nacimiento como acontecimiento de la celebración del centenario de nuestra Independencia. Y esa es la razón por la cual cuenta con el gran hall de inmaculado mármol y estructura de encaje de fierro espacioso y suficiente para recibir a las 141 delegaciones. (puede multiplicar por 10 o por 20). Ningún lugar tan apropiado para ello.

Con las mismas premuras de hoy, Chile se aprestó en aquella fecha para recibir delegaciones de toda América, contingente diplomático, de ejércitos y marina y eventos que movilizaban a "tout Chile" de la época.

Para que nadie lo olvide, la placa inaugural señala que el tesoro artístico data del 18 de septiembre de 1880, y que fue abierto por el Presidente Aníbal Pinto, siendo Ministro de Educación Manuel García de la Huerta. Hoy serán el Presidente Allende y el Ministro Alejandro Ríos Valdívía.

Los organizadores fueron el Coronel Marcos Maturana y el escultor José Miguel Blanco. El 21 de septiembre de 1910 se abrió para las huestes alborozadas de los cien años, gracias al "esfuerzo" de Alberto Mackenna. Aquello del esfuerzo no es ninguna exageración. Como tampoco lo es hoy, cuando vemos al Director Nemesio Antúnez y su equipo, alistándose contra el tiempo.

Quizás parte de la importante razón por la cual todo estará listo, magnífico y resplandiente, se deberá a un alquimista que se refugia en el segundo piso y despacha recetas a diestra y siniestra. Jorge Basaure es un hombre conocidísimo en los círculos herméticos de coleccionistas de cuadros, de museos y organizadores de muestras.

Cuando entramos a su antro, iluminado con modernas luces y un sospechoso olor a trementina, alcoholes y quizás "sulfuros", decidimos dejar atrás la crónica que íbamos a masticar con los "cuántos y cómo" de nuestra artillería acostumbrada.

JORGE BASAURE, el "restaurador".

Restaurar tiene innumerables significados. Gracias al esfuerzo de las circunstancias, quizás lo más importante será lo de renovar, recuperar y recobrar.

Luego fuimos a su casa y taller enclavado en la confluencia de Lastarria y el Centro Universitario de Arquitectura, pintado en churrascas pinceladas.

Allí con su compañera y sus hijos, la tarde se va viéndolo trabajar, recibir a sus parientes, sus amigos, sus clientes. Atender consultas telefónicas y examinar la filosofía tradicional del oficio-arte, con las armas científicas de hoy.

EL RESTAURADOR

Jorge Basaure, viamarino, 38 años, subingeniero mecánico, desde hace 20 años es un "restaurador". Vive en el círculo mágico y estrecho de los hombres que elaboran en lo mismo en museos de Roma, el Louvre, Bruselas y México, los centros más importantes del mundo.

Discípulo de Ramón Campos, se formó a la manera medioeval, en un taller, pasando por las fases de todo aprendiz, hasta llegar a ser el maestro de hoy.

Su bagaje cultural, que va del estudio y conocimiento de toda nuestra pintura y la que pasando por estas tierras, lo han hecho depositario de archivos especiales, de material documental increíble.

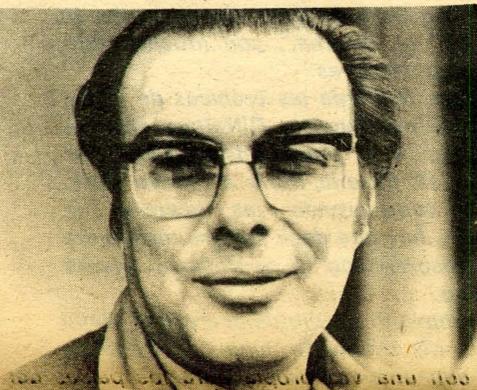
Dueño de esa sabiduría de saber y conocer la autenticidad de la pintura, nacido en estos días de urgencias de toda especie, sin embargo vende su dictamen según lo que su corazón dicta.

"El dinero lo necesito sólo para vivir", confiesa.

Y allí está la comprobación en cualquier momento. Cuando arregla un rasgón de un paisaje de Juan Francisco González, escaso y encontrado en un remate, entrega a su dueño un objeto recobrado, cuyo precio en oro no puede avaluarse ¿Qué podría cobrar? Solamente elige una cifra convencional y el coleccionista afortunado lo sabe. Y se torna muy pronto en un amigo, más conmovido que el hombre que debe al médico la vida de su amada en peligro.

Este es el lazo de cordialidad, de pensamientos compartidos que contemplamos, cuando llega otro cliente con su esposa, y ve en la belleza redescubierta de un cuadro colonial que se sacó de algún rincón de familia venida a menos.

Allí está la claridad, la belleza y la recuperación de la paleta mística de hace cuatrocientos años. Cómo cuidarlo, dónde ponerlo, y las historias y anécdotas que encontró en su examen convierten a Basaure en el Lanny Budd de Upton Sinclair, aquel fascinante vendedor de cuadros y de sus historias, entre dos guerras europeas de este siglo.



EL MUSEO DE BELLAS ARTES no se preparó con una mano de gato en su extraordinaria estructura. Dio rugidos de león y realizó el quehacer de hormiga para estar listo para la instalación última y llena de sorpresas de los envíos de todos los puntos de la tierra.

Debió "amononar" el lugar de la recepción, establecer un casino, servicios, el tránsito de personal y huéspedes, amén de una difícil selección del aporte en cuadros de país número 141, que en este caso somos nosotros.

Y ahora nos vamos al Museo. Nemesio Antúnez está en equipo con aguas, jabones y otros menajes, tratando con gran cuidado las espaldas marfilíneas de la bella Eco, una escultura en el hall, que tendrá que recibir desvestida como está, a la "crema" de sus conspicuos huéspedes de NU.

Cayó sobre sus espaldas, durante inviernos lluviosos una interminable gotera herrosa del techado metálico, sin que nadie la protegiera de tal tropellá. El orín penetra en el mármol y hace su mancha afrentosa.

La voz del hombre que está en cuclillas da instrucciones. Habrá que colocar yeso mojado

que prepara. Al secarse retirará el sacrilegio ingrediente café rojizo. Empiezan todos a poner manos en el asunto. El recetante se yerque. Es Jorge Basaure, y nos comenzamos a conocer.

Nos encaminamos a su guarida del segundo piso. Su ayudante, Abel Bulnic, acaricia con penetrante líquido en algodones a una bella desconocida (pintada en tela secular), en donde la piel y los terciopelos renacen mágicamente.

Vamos recorriendo la extensa sala, donde están reviviendo la pintura quiteña y cuzqueña y la de nuestros antepasados. Todos irán a formar parte de la muestra para los días de UNCTAD III.

El criterio que se aplicará para elegir lo nuestro ha sido estudiado por los expertos del Museo y Basaure. Habrá que guardar mucho, para dejar espacio para lo que vendrá de afuera. Terribles angustias se corren. A Francia, que deseaba enviar 60 cuadros, se le ha pedido rebajarse a la cuota inicial. Es necesario sacrificar, pensando cuánto traeran Africa, Asia, Latinoamérica, Oriente y toda Europa.

Así sólo, entrarán los cuadros coloniales, las señeras paletas del siglo pasado nacionales y en la Sala Matta, un recuento de lo de hoy.

HUMILDAD

LA SATISFACCION de recuperar es la del arqueólogo, porque también nos abre el mundo desconocido de lo que fuera inescrutable.

También hay una triste labor en la tarea de pinturas que recibieron heridas casi fatales, o son herederas de la pobreza de algún gran artista que tuvo que añadir la tela. Allí entra la cirugía, la ciencia de Basaure y su gran ayudante, que es su esposa. Bajo el microscopio, estudia trazos, química y espíritu del pintor.

Va a buscar las mismas formas y el mismo trazo para reparar. Va, por un instante, a recibir también el mismo "elan" para reconstruir. Si hubiera que creer en la reencarnación, seguramente éste es el momento en que Basaure se recoge a sí mismo para instalar sobre una frente destruida, cabellos y color de alguien-artista y de alguien-modelo, posando que yacen muchos siglos bajo la soporosa piedra.

Tal encarnación es real, pues Basaure nos contesta insólitamente a nuestra interrogante.

"Yo no soy un artista!" (es el artista que debe encarnar cada vez) "Aplico la técnica sin sentimientos

o alguno ni creación". La tentación de mejorar un cuadro no debe jamás pasar por su mente. Y es lo que le ocurriría a un pintor de verdad.

No puede como dice el gracioso Firulete (Jorge Romero) llegar a "arreglar" La Última Cena, colocando un pollo en el plato de cada apóstol, mejorar el aspecto "hippie" de Cristo, "achafanar" los rostros y luego colocar la mesa del pellejo.

¿Cuál es la receta para quien usa los pinceles con el mismo arte de los viejos maestros?

Lo resume tal cual lo hace para quienes trabajan en su taller y en sus cursos de Tecnología de la Universidad. Sólo con grandes dosis de honestidad, humildad y paciencia, paciencia, paciencia...

De allí se explica, asimismo, cómo en su bella tarea es requerido por UNESCO, por museos extranjeros, y los nacionales de la Catedral de Santiago y San Francisco, donde ha trabajado mano a mano con su maestro Campos.

Sin embargo, su mayor gloria fue compartir con el General René Schneider el montaje de una exposición de los hechos militares de Chile.